

te, no cabe una concepción idealista del actualismo ni tampoco una concepción realista, sino la superación en un actualismo que sea la versión aproximada del proceso de la realidad. En este sentido la alteridad en el proceso del conocimiento es una fórmula que no responde al hecho de que la conciencia sea esencialmente el proceso actualizador y actualizante en el que se integran, sin caer en la concepción idealista, el sujeto y el objeto. La objeción que se puede hacer es la del momento inicialísimo en el que el ser humano es *tabula non inscripta*. En este momento no habría conciencia y, por consiguiente, la fundación continuada del yo tendría que empezar en un momento dado anterior en el cual no cabría, propiamente hablando, actividad fundante. Pero este momento inicial sería en todo caso inaproximable, porque para su captura sería menester partir ya del hecho de la conciencia.—E. T. G.

GEYMONAT (L.): *Conoscere e agire*. «Rivista di Filosofia», vol. XLIII, 1952, número 1, pág. 45 y sigs.

El problema de la relación entre el conocer y el obrar se está discutiendo actualmente sobre el plano del conocimiento concreto efectivamente alcanzado por el hombre en la laboriosa historia de su investigación.

En este artículo Geymonat se propone ilustrar en una primera parte algunas de las argumentaciones actuales aducidas en favor de la unificación del conocimiento con el obrar; y examinar en una segunda parte las dificultades que a ello se oponen, tentado, a la vez, dar una posible solución con cierto aire de novedad.

Divide la primera parte en cinco apartados, a través de los cuales va desenvolviendo aquellas argumentaciones en pro de la unificación, y que no pueden resumirse aquí. Una de ellas se refiere al lenguaje, pues uno de los argumentos más eficaces para aquel fin consiste en aclarar las operaciones prácticas presupuestas en cada una de las presuntas categorías del lenguaje común y científico, en el sentido de que los conceptos científicos más simples y básicos no son el fruto de una pretendida «visión teórica» de los hechos, sino de un complejo de operaciones; consciente o inconscientemente seguidas por

aquel sujeto que hace uso de las mismas.

La ciencia que durante milenios ha constituido el más típico ejemplo de pura visión intelectual de contemplación exenta de toda operación práctica es la matemática. Esta constituía una «visión platónica». Pues bien, hoy se excluye tal posición y se reconoce el valor de la célebre fórmula de Vico, según la cual el hombre conoce la matemática porque la elabora.

No obstante, sería erróneo creer que sólo a la matemática se aplica el factor operativo. En realidad, todo el procedimiento científico se identifica con el obrar práctico. Aquella distinción tripartita entre enunciación del teorema, demostración y aplicación del mismo, según la cual se consideraba la primera como independiente del obrar humano, mientras las otras dos dependían de nuestro limitado obrar, no tiene ya razón de ser.

No es fácil medir las consecuencias de este cambio. La concepción moderna viene a decir que no podemos considerar la proposición científico-cognoscitiva como entidad en sí, estática, al margen del curso efectivo de los actos que la preceden y la siguen. Poseer un conocimiento equivale, desde este punto de vista, a poseer una técnica de control; a saber comprender una larga cadena de actos, cualquiera de los cuales es esencial al resto de la cadena y no puede concebirse fuera de su lugar, entre el acto que le precede y el que le sigue.

Es este uno de los argumentos más atractivos en favor de la unificación de conocer y obrar.

La exigencia de la fecundidad del saber es, en nuestros días, uno de los caracteres que se proclaman a coro en todo intento serio de investigación. No sólo el matemático y el físico, cualquier científico moderno sabe que la más armónica concepción, la más ardua hipótesis cae en la indiferencia si no revelan conexión con el resto del saber y fecundidad de consecuencias particulares verificables.

¿Quiere decir esto un retorno a la teoría de los pragmáticos? No lo cree así Geymonat. Significa que la fecundidad de una proposición (no sólo respecto a sus aplicaciones prácticas, sino también respecto a su desenvolvimiento teórico) constituye el criterio intrínseco de su valor.

La identificación del conocer con el obrar se presenta como la más radical respuesta a la crítica crociana del valor cognoscitivo de la ciencia exacta. Como es notorio, esta crítica destaca el carácter práctico, no teórico, de los principios matemáticos y de la ciencia natural. La dificultad anotada por Croce contra el valor cognoscitivo de la ciencia, según los estudiosos de hoy, depende no de la real situación del problema, sino de la artificiosa y dogmática admisión inicial de una antítesis inconciliable entre conocer y obrar.

La constatación del carácter operativo de la ciencia exacta —dice Geymonat al terminar su primera parte— no representa nada excepcional, ni escandaloso. Es el primer paso para la comprensión del carácter operativo de todo efectivo conocimiento.

Comienza la segunda parte de su artículo preguntándose: 1.º Si existe o no un criterio para distinguir el operar racional del científico, de la pura y simple actividad práctica del hombre común; 2.º El discernimiento crítico-metodológico que, analizando nuestros conocimientos comunes y científicos, prueba el carácter fáctico-operativo, ¿representa o no un nuevo tipo de conocimiento, irreductible a la operación del conocimiento ordinario?

Respecto a la primera, debe huirse de un claro retorno a la concepción teórica. Y a través de una serie de argumentos, Geymonat concluye: el criterio absoluto al cual hace referencia la pregunta que estamos examinando —criterio que habría servido de punto de partida para un retorno a una concepción puramente teórica del conocimiento— es una pura y simple invención, no una realidad. Racionalidad e irracionalidad, abstractamente consideradas, no existen. Estas dos palabras, que fueron portadoras de innumerables equívocos y malentendidos en la Historia de la Filosofía, deberían excluirse de todo lenguaje seriamente crítico. Aquello que existe lo es en tanto la efectiva razón humana se explica, en formas diversas, históricamente bien determinadas, y es capaz de enriquecerse y perfeccionarse, siempre sobre la base de lo sucedido y no sucedido en la investigación seguida por cada hombre; razón que no cesa nunca de ser, en todas las aplicaciones, una razón esencial operativa en el sentido ya explicado en la primera parte.

La segunda pregunta postula un pro-

blema notorio en la historia del pensamiento: el problema de descubrir una definición general del conocimiento que se adapte lo mismo al conocimiento de tipo ordinario (común y científico) como al conocimiento de tipo filosófico (esto es, al resultado de la reflexión crítica sobre el conocimiento común y científico). Es problema muy difícil, incluso para la crítica y pensamiento más sutiles. Recordemos el caso de Luis Wittgenstein.

Existe un gran peligro en admitir un conocimiento filosófico de naturaleza distinta al conocimiento común y científico, aunque tenga ciertas diferencias. Se debe indagar en qué consiste esta diversidad. Está fuera de toda duda que el objeto de esa investigación es distinto.

A través de su razonamiento, Geymonat cree que no existe oposición entre ambos tipos de conocimiento, sino tan sólo una diversidad de objetos sobre la cual opera la investigación común y la científica, y los objetos sobre los cuales opera la investigación filosófica-metodológica. Como ya afirmó en otra ocasión Geymonat, la metodología moderna tiene, como la ciencia, un carácter operativo-experimental. Experimenta, sí, pero sobre la construcción científica, no sobre la naturaleza. Debe recordarse en todo momento el carácter rigurosamente operativo de toda investigación. Si la metodología quiere ser efectivo conocimiento del saber científico, no puede limitarse a repetir abstractamente: «la ciencia no es esto, sino lo otro»; «los procedimientos científicos no tienen estos, sino estos otros caracteres», etc.

La historia misma de la investigación metodológica confirma su carácter operativo. Y es un hecho igualmente cierto que sólo cuando la metodología ha sabido absorber con eficacia su papel de elemento propulsor de la revisión del tipo anteriormente descrito, ha gozado siempre de la más alta estima de todos los estudiosos más cualificados, mientras que esta última le ha faltado cuando se ha limitado a enunciaciones genéricas, no directamente elaboradas sobre la estructura del conocimiento particular.

También para el futuro —concluye Geymonat— si se quiere continuar hacia una función rigurosamente cognoscitiva, se deberá siempre, y sobre todo, operar; realizando en ella la íntima unidad del conocer y del obrar.—I. PEDRO PASTOR.